

UNA MISIÓN AMARGA

Guadalupe MONROY

CORRE EL AÑO 1861. La facción liberal mexicana ha logrado en gran parte la derrota del grupo conservador; el presidente Juárez entra triunfalmente en la Capital, y se tiene la esperanza de llegar pronto a la pacificación total del país. Pero es necesario hacer frente a los problemas más complejos y de más difícil solución. La anarquía que ya reina en gran parte de la República se acentúa, las crisis ministeriales se suceden, siembran el desconcierto las divergencias entre los propios liberales, y el problema económico adquiere proporciones gigantescas, a tal punto, que hay que dictar medidas de emergencia que en tiempos normales se juzgarían arbitrarias. Por otra parte, una seria amenaza se cierne sobre el país: España, Francia e Inglaterra pretenden intervenir en los asuntos de México por no encontrar posibilidades de que se satisfagan de inmediato sus reclamaciones económicas.

Sólo hay un hombre que recorre las cortes europeas haciendo esfuerzos sobrehumanos para lograr un arreglo favorable: es Juan Antonio de la Fuente, cuyo "carácter espartano" lo calificaba "para representar a su país en los días en que el requisito indispensable de un diplomático mexicano era la capacidad de sufrir sin doblarse".¹ Ha llegado a Francia a tratar con los acreedores en los momentos críticos en que se planea la alianza de las tres poderosas naciones contra la República. Desde su llegada tropieza con serias dificultades, y la presentación de sus credenciales se le demora bajo el pretexto de que Almonte, representante del grupo conservador ante la corte de Napoleón, no ha enviado su carta de retiro; después de cuatro meses, logra ser recibido y que se le acredite como ministro del gobierno mexicano. Es el momento en que su misión diplomática se torna más difícil. A pesar de las muestras de simpatía que recibe por parte del Emperador, presiente la catástrofe: "No puedo calificar como decidida-

mente favorable la recepción lisonjera que me ha hecho el Emperador, hasta no ver que en los negocios gravísimos de los bonos Jecker y de la nueva convención francesa, las reclamaciones de M. de Saligny son menos exigentes y belicosas";² y la esperanza de que éstas cambien es muy débil, pues en su primera entrevista con el ministro francés Thouvenel, éste le ha informado, con fría altanería, que su gobierno aprueba la actitud de Saligny y está de acuerdo con sus demandas. Ante tal actitud, De la Fuente prevé con claridad las miras de Napoleón, las dobles intenciones y el carácter ambicioso de su política; el propio Emperador trata de disimular sus verdaderos objetivos, pero la actitud de Thouvenel los pone plenamente de manifiesto al negarse a rectificar las exigencias del ministro francés en México, el cual mantiene una actitud amenazante y considera que "sólo la fuerza puede obligar a este gobierno a respetar sus compromisos".³

También preocupan a De la Fuente la actitud abiertamente hostil de los acreedores ingleses y de la prensa británica, que se esfuerzan por inclinar al gobierno de Londres a una intervención en las rentas federales mexicanas para tomarse por mano propia los dividendos correspondientes a sus créditos; pero, sobre todo, teme a la Unión de Francia e Inglaterra, confesada por Thouvenel y, según todas las apariencias, encaminada a agredir seriamente la soberanía de México. Primero como simples presentimientos y más tarde con pruebas elocuentes de que se prepara una intervención armada, el ministro mexicano comunica sus temores a la Secretaría de Relaciones en frecuentes y angustiosas notas; pero la Secretaría no les da la importancia que demandan, unas veces por el retraso con que llegan, y otras por considerarlas impracticables.

El gobierno liberal siente la seguridad de llegar a un arreglo. A pesar de las serias advertencias de su ministro, y forzado por la situación económica cada vez más delicada, lanza con fecha 17 de julio de 1861 la ley de suspensión de pagos a los créditos extranjeros: "No podíamos —dice Juárez en carta particular a De la Fuente— seguir manteniendo nuestras fuerzas por más tiempo, porque ya no era posible sacar

el dinero usando las medidas violentas de la fuerza, ni podíamos suspender la guerra, ni entregar a la sociedad al robo y al saqueo y a una disolución completa. Nos hemos visto, pues, en la situación triste pero inevitable de suspender todos nuestros pagos, incluso los de las convenciones y deuda contraída en Londres. . . Como verá usted en las comunicaciones que se han cambiado los señores ministros y especialmente el señor Saligny, mezclan algo de pasión en sus intenciones, lanzan inculpaciones que debieran omitir contra el infortunio, y usan de un tono que no sienta bien a representantes de naciones poderosas e ilustradas. Yo espero que el Emperador y la Reyna Victoria nos juzgarán y tratarán de otra manera cuando usted les manifieste nuestra situación, la imperiosa necesidad que nos ha obligado a tomar la resolución de que se trata, y la imposibilidad en que estamos de cumplir ahora nuestros compromisos. . .”⁴

La alarma y desesperación de Juan Antonio de la Fuente llega a su máximo al recibir la comunicación de la ley del 17 de julio, pues conoce de antemano el plan de agresión que ha ido tomando cuerpo en Europa, y sabe que la ley será el pretexto esperado para la inmediata intervención. “No sería yo enteramente franco —contesta al ministro Zamacona— si no le dijera a V.E. que la suspensión de pagos es una medida de una gravísima trascendencia, y con probabilidades tan fuertes que equivalen casi a la certeza; podemos vaticinar que nos traerá una tempestad de Francia e Inglaterra.”⁵ Hace, sin embargo, un esfuerzo por conjurar el peligro, solicita audiencia con Thouvenel para explicar la situación y tratar de que no se tomen de inmediato medidas drásticas; pero Thouvenel se niega a recibir excusas y se concreta a comunicarle que una escuadra compuesta de buques ingleses y franceses parte hacia México a exigir explicaciones.⁶ Ante tal amenaza, De la Fuente se ve precisado a romper las relaciones con el gobierno francés. Inútil sería repetir las gestiones en Londres; sabe ya cuál sería la respuesta, y esquiva con dignidad el desaire. Ya nada queda por hacer; ni siquiera es posible refugiarse en la opinión pública, pues ésta, en su mayoría, da crédito a las especies vertidas por la prensa. Lo que ahora desea con vehemencia es

salir de aquel "infierno" y venir a su patria a contribuir a su defensa; pero desea salir dignamente, y al solicitar sus pasaportes, envía a Thouvenel una severa nota de protesta por la actitud inicua de las potencias europeas contra un país débil como México:

Cuando recuerdo las calumnias tan atroces y absurdas que muchos periódicos se han permitido en Francia, España e Inglaterra contra los mexicanos, contra su sociedad y su gobierno; cuando veo que en Francia, aun en las altas regiones del poder, se acusa a mi gobierno de poco escrupuloso y a mis compatriotas de bárbaros; cuando veo que su buena voluntad y sus clamores de amistad con Francia se les convierten en cabeza de proceso, no puedo menos de convencerme que las antipatías nacionales se encuentran más bien en Europa que en los habitantes de México... Yo tengo la convicción firme de que pocas naciones en el mundo han sufrido tal cúmulo de males como los mexicanos con la dominación extranjera, y pocas repúblicas han tenido que sostener tan crueles combates como la nuestra contra la clase privilegiada... Con nuestras revoluciones hemos consumado la independencia, la libertad de los esclavos, la destrucción de la oligarquía clérigo-militar... México podrá ser conquistada, pero no sometida, ni se le conquistará sin que dé pruebas antes del valor y las virtudes que se le niegan. México, que no quiso ni por rey a su mismo libertador, México, en suma, que acaba de alzarse victorioso de una revolución terrible contra los restos de la oligarquía, a ningún precio aceptará la monarquía extranjera... Protesto, pues, altamente, señor Ministro, en nombre de mi gobierno, de que todos los males que resulten de esta guerra injustificable y de los que causen directa o indirectamente la acción de las tropas y los agentes de Francia, serán exclusivamente de la responsabilidad de su gobierno. Por lo demás, México nada tiene que temer si la Providencia protege los derechos de un pueblo que los defiende con dignidad.⁷

Con verdadera satisfacción, Juan Antonio de la Fuente recibe la orden de regreso inmediato, cuando se han roto las hostilidades en México, y en marzo de 1862 sale de París, terminando así la misión más amarga de su vida.

SON VARIAS las notas oficiales que el ministro De la Fuente envió al gobierno para suplicar más que sugerir que se derogara la funesta ley de suspensión de pagos, y varias también en que propone planes, comunica los preparativos de guerra

e informa de las maquinaciones que se tramán para imponer una monarquía en México; pero ninguna de ellas refleja de manera tan clara y precisa la extremada angustia, la desesperación, la amargura que un hombre siente al aproximarse la tormenta y se encuentra desarmado e impotente, como las cartas personales que dirige a Matías Romero y que ahora publicamos.

El aislamiento de México a fines de 61 es una experiencia amarga a la que deben hacer frente los únicos dos ministros que el país sostiene en el extranjero. Matías Romero en Washington, dedicado a la ardua labor de lograr el apoyo de los Estados Unidos a la causa de México, es el lazo de unión entre la República y Europa. A él van dirigidas primeramente las notas oficiales de De la Fuente, y él es también quien recibe la descarga de los sentimientos íntimos del ministro en Francia: sus primeras dificultades, lo embarazoso de su situación en un medio completamente hostil, su enojo por las injusticias de las grandes potencias, el pesar de no ser escuchado en sus advertencias, el coraje y el dolor de la impotencia ante una catástrofe cuya magnitud percibe de manera tan clara, y finalmente, la desesperanza y el temor de que el pueblo mexicano no resista tan rudo golpe.

El lenguaje ingenuo y vehemente de sus cartas íntimas, escritas sin la previsión ni la mira de publicidad, es la expresión más fidedigna de sus nobles sentimientos. La emotividad de esas notas que publicamos no puede sentirse sino bajo la impresión de hechos positivos, y tan lo fueron, que siempre correspondieron a la realización de sus predicciones.

París, julio 26 de 1861.

Sr. Don Matías Romero.

Washington.

Muy estimado amigo mío:

Por un olvido de Orozco no fue despachado con oportunidad el pliego adjunto; de manera que recibirá usted hoy una correspondencia cuyos cabos están separados por el espacio de un mes.

Las cosas de esta Legación distan mucho de andar por una vía ilana y amistosa. Puede ser que a la llegada de esta carta sepa usted algo serio con motivo de las reclamaciones exigentes de Francia y de Inglaterra. Se trata de que el gobierno constitucional pague los 660,000 pesos que robó Miramón a los acreedores ingleses, y quieren además que la última convención con el señor Zarco sea llevada a ejecución, aprobándose sin demora por el Congreso; y se exige, por último, que la cuestión sobre los bonos de Jecker se resuelva en sentido favorable a ese caballero. El gobierno de Francia había mostrado, según me informan, grandes simpatías al ex general Almonte y a su partido. ¿Quiere usted creer que se ha resucitado la cuestión sobre la causa de retiro de ese señor diplomático, después que ha sido despedido por el Emperador?

Veremos, mi buen amigo, cómo salimos de este atolladero. Por ahora, y mientras no vuelva el Emperador a París, me han hecho favor de entrar en relaciones regulares conmigo y me han hecho saber que gozaré desde luego de todas las prerrogativas anexas a mi carácter oficial.

La situación de Italia es muy violenta, sobre todo por la cuestión de Roma como capital, y se cree que la cuestión de Hungría está muy cerca de tomar un carácter muy serio. La causa de la siempre noble y siempre desgraciada Polonia comienza de nuevo a excitar grandes simpatías.

Le mando a usted una tira en que verá la manera honrosa con que ha tratado la *Opinion Nationale* a nuestra última revolución y a su gobierno. Usted me conoce muy bien, amigo, y sabe por lo mismo que el sentimiento de amor propio en mí es muy inferior al de patriotismo y amor a la causa de la libertad. En ese sentido más que en otro me ha complacido en extremo el juicio inteligente y halagüeño de la *Opinion*.

No me olvide usted. Éste es un deseo, no una desconfianza, porque no puedo dudar de la buena amistad de usted para con quien se repite con sinceridad su afectísimo amigo y seguro servidor q.b.s.m., *Juan Antonio de la Fuente*.

París, agosto 21 de 1861

Sr. don Matías Romero.

Washington.

Muy estimado amigo:

Los trabajos de Almonte a que alude usted en su nota, si bien pueden indignar a los buenos mexicanos por la audacia de este hombre en hablar de faltas contra el patriotismo, cuando después de largos años lo ha ultrajado de mil maneras, con todo eso, un proceder tan irregular nada tiene de sorprendente, sobre todo si se considera que en asunto de maquiavelismo nada hay de nuevo y extraño para la facción conservadora de México.

Por escaso y limitado que sea el talento observador de Mr. Corwin, ha debido reconocer sin trabajo un buen patriota en el Excmo. Sr. Presidente, quien por noviembre de 1860 corrigió grandemente la falta que había cometido en momentos verdaderamente difíciles, y rechazó el tratado McLane-Ocampo que se proponía de nuevo a su aceptación. Fuera de la primera resolución de este negocio y las que tomó en uno o dos casos más, en que me pareció que su acuerdo importaba un grave desacierto, siempre tuve el gusto de verlo conforme con mis opiniones; y aun en los casos referidos, en que su dictamen fue contrario al mío, no me cabe duda que sus intenciones eran sanas. La sencillez del Presidente, su justificación, su constancia y patriotismo, son cosas de que cuantos lleguen a tratarle deben quedar profundamente persuadidos.

En consecuencia, por este lado, no hay riesgo de que las pérfidas insinuaciones de Almonte perjudiquen al gobierno constitucional; mucho menos cuando (según veo por los papeles del Norte, pues no tengo hace dos meses ningunas noticias oficiales) el gobierno de Washington, por su tratado postal, y por haber alcanzado de México licencia para pasar sus tropas, atrayéndonos la aversión de los estados separatistas, el gobierno de Washington, vuelvo a decir, tiene un gran interés de mantener las mejores relaciones con el gobierno del señor Juárez.

El verdadero peligro está en la incomprensible desunión y

desconcierto de nuestro partido liberal, el que, no obstante la grandeza de sus sacrificios y la hermosura de sus teorías, acabará, si no se corrige pronto, por ser despreciado en América y en Europa como incapaz de establecer un gobierno que mantenga la paz y haga observar las leyes. De esto resultará la anarquía, la intervención y todos los males imaginables. Todo esto he dicho a nuestro gobierno desde que venía yo en camino, y mucho más desde que llegué a esta capital.

Volviendo a las cosas de Almonte, diré a usted que se había lisonjeado este señor con la seguridad de que yo no sería recibido mientras su carta de retiro no viniese; en consecuencia, él y su comparsa había hecho publicar dentro y fuera de la Francia este cuento, en que se complacían sobre todo; pero han quedado confundidos con la recepción imperial de que hablo a usted en mi nota reservada, y que vino a ser una confirmación de la recepción ministerial que obró todos sus efectos durante la ausencia del Emperador.

Tengo el gusto de aprovechar esta ocasión para repetirme su afmo. amigo y S. S., *Juan Antonio de la Fuente*.

París, 9 septiembre de 1861.

Sr. Don Matías Romero.

Washington.

Mi muy estimado amigo y compañero:

Mando a usted, ahora de oficio, cosas de grande importancia. Por falta de tiempo no mando a usted copia de la última nota que acabo de pasar a Mr. Thouvenel, declarándole que me ha sido forzoso aunque sensible admitir como un hecho ajeno a mi voluntad la suspensión de relaciones entre esta Legación y el gobierno del Emperador, hasta recibir de mi gobierno nuevas instrucciones.

Trabaje usted, mi buen amigo, cerca de ese gobierno en el sentido que le sugiero en mi nota, y téngame al tanto de lo que por ese camino se adelantare.

De usted con toda verdad suyo afmo., *Juan Antonio de la Fuente*.

París, octubre 4 de 1861.

Sr. Don Matías Romero.

Washington.

Mi muy estimado compañero y amigo:

Positivamente me falta tiempo para escribir a usted de oficio, y le faltaría también al escribiente para copiar mis borradores. Téngame usted una poca de paciencia por ocho días, y al cabo de ellos repararé mis faltas; siempre confiando en que usted me favorecerá con su frecuente conversación epistolar y oficial, según los casos.

He tenido dos conferencias con Mr. Dayton, ministro de los Estados Unidos en esta corte: oficialmente diré a usted todo lo que en ellas pasó; mas ahora debo reducirme a indicar a usted el resultado de ambas. El gobierno francés rehusó aceptar las ofertas de los Estados Unidos, alegando que su deuda (la de Francia) no gana intereses, sino que debería amortizarse en abonos parciales con la parte de nuestras rentas que se le habían consignado en garantía. Parece que en Inglaterra obtendremos mejores resultados; para allá me voy dentro de dos o tres días. Mr. Dayton me dijo que, en su opinión, podíamos esperar la mejor cooperación de los Estados Unidos, menos el apoyo de la fuerza armada, que en su concepto no podrían prestarnos en sus actuales circunstancias. ¿Admitirían los Estados Unidos la intervención a que son invitados?

Me parece evidente que Inglaterra ha de hacer (y creo que lo está haciendo ya) los mayores esfuerzos para empeñar, y dicen que para estrechar a los Estados Unidos a que levanten el bloqueo de sus puertos, que impide el comercio del algodón. La crisis empieza a ser violenta en Inglaterra, y aunque menos grande, se deja sentir en el Norte de Francia.

España parece que insiste en obrar por sí sola. Su gobierno, es decir O'Donnell, casi no tiene otro partido que tomar.

Me tienen con fiebre estas cosas de imprenta. Le mando a usted algo de lo que nos favorece; lo que nos es contrario sería obra larga.

Sólo por mi aturdimiento en estos instantes no había dicho a usted cuánto le agradecería que me favoreciera con la importante nota y datos anexos a ella concernientes a la política de

los Estados Unidos con México. Las observaciones de usted son justas y yo las apoyo ante nuestro gobierno.

Quedo de usted como siempre, afmo. amigo y S. S. q.b.s.m.,
Juan Antonio de la Fuente.

P.S. El pretendido asesinato contra Mr. Saligny, ministro francés en México, ha hecho una grande sensación. Yo me ocupo de hacer por la prensa las debidas rectificaciones. Hoy debe hablar de eso la *Opinion*; pero como es periódico de la tarde, ignoro si vendrá a tiempo para mandárselo a usted. Aún sigo en ese empeño, porque es increíble lo que el cuento nos ha perjudicado.

Londres, octubre 25 de 1861.

Sr. Don Matías Romero.

Washington.

Mi bueno y muy estimado amigo:

Doy a usted las gracias por sus noticias y por las interesantes copias que tuvo la bondad de remitirme, pero no tengo lugar para mandar a usted el recibo oficial de las últimas, porque no tengo más que un escribiente y no le basta el tiempo para llevar con el día las labores de esta Legación.

Mando a usted abiertas para que las lea y me haga favor de remitir prontamente al gobierno, esas notas que le instruirán a usted largamente de lo que podemos esperar y temer de Europa y de las medidas que a mi juicio presentan menos peligros. Si usted es de mi opinión sobre la guerra a España, le suplico que recomiende mi proyecto a México. Usted debe ya haber visto la impresión que en ese formidable señor Seward ha hecho la noticia del plan de España sobre México, y por ahí verá usted si conviene o no que sepa el fondo de mi proyecto. Felizmente, yo he contado con lo que México puede hacer o con lo que me parece que puede hacer por sí solo, en razón de que no me gusta la encapotada fisonomía y obscura posición que ha escogido aquel caballero (Mr. Seward) en los días de mayor conflicto para México.

Adiós, mi buen amigo; yo lo soy de usted con toda sinceridad. *Juan Antonio de la Fuente.*

Londres, 7 de noviembre de 1861.

Sr. Don Matías Romero.

Washington.

Mi muy estimado compañero y amigo:

Padezco aquí todas las penas mayores del mundo; estoy ocupado sin cesar en escribir, en meditar, en dar pasos casi inútiles si no lo son del todo para enderezar un poco estos negocios mexicanos. Verá usted, mi amigo, por la nota adjunta, una parte de mi martirio. . . ¿Por qué fueron a dar esa ley funesta y estéril? Usted tiene razón. Aquí, es decir en Francia, iba yo, como quien dice, cayendo y levantando, viniendo a veces, cuando la tal suspensión de pagos vino como de rayo a prender fuego a las pólvoras, como dice Prudhon. . . Pero, amigo, guárdese estos desahogos en el seno de nuestra amistad.

Si al menos siguieran mis consejos, aunque tarde, todo se salvaría. . . ¿Por qué no habrán derogado esa ley, supuesto que hace tiempo que se realizó mi anuncio de que en breves días los agiotistas no habían de hacer anticipos de derechos por miedo a la intervención?

Adiós, permíñeme que no le escriba de oficio. Realmente no tengo lugar; pero usted no deje de escribirme oficialmente siempre que pueda. *Juan Antonio de la Fuente.*

Londres, noviembre 12 de 1861.

Sr. Don Matías Romero.

Washington.

Mi muy estimado amigo y compañero:

Le mando una nota especial para que después de leerla tenga usted la bondad de mandarla con las tiras impresas adjuntas a nuestro ministro de Relaciones.

¡Oh, si los Estados Unidos hubieran ayudádonos un poco más de lo que han pretendido hacer en asunto de dinero! Lo que es ahora, yo creo que usted haría bien en pedir a esos señores lo que otras veces ha solicitado de ellos, y parece que han anunciado, es decir, que manden también su escuadra a México. De algo podrá servir para contrariar a los españoles y franceses, sobre todo a los primeros, que van a buscar

un trono en México, según usted lo sabe ya. Este señor Adams me concede toda razón. Cree, como yo, que el solo anuncio de libre elección de gobierno, y de tregua entre lo que llaman partidos, va a nulificar al gobierno y a levantar la reacción monarquista que protegerá a Francia y España contra Inglaterra si es preciso, aunque ésta nada tiene que decir, si como yo lo creo se ha obligado a sostener con su apoyo moral lo que la voluntad de México declare; pero estará Inglaterra en armonía cuando se trate de calificar lo que es la voluntad nacional.

¡Qué situación, mi amigo! No se la deseo a mi enemigo más encarnizado. Soy suyo afmo., *Juan Antonio de la Fuente*.

París, noviembre 15 de 1861.

Sr. Don Matías Romero.

Washington.

Mi muy estimado amigo y compañero:

Vea por la nota adjunto (que suplico a usted remita prontamente al gobierno) hasta dónde llega la sinrazón y la torpeza del gobierno inglés, y del gobierno americano. Hablo de ése porque su ministro en Londres creo que muestra la frialdad egoísta que usted está observando todos los días en Washington. ¡Oh, mi buen amigo! México no se salvará sino por sus propios recursos y sobre todo por la concordia de sus hijos. ¿Lo querrán éstos? Confiésole a usted que tengo mil temores sobre este punto cardinal. Predíqueles usted, mi amigo, como lo hago yo sin cesar. La cosa es necesaria y urgente: pocos días quedan para prevenirse. Tal vez no será ya tiempo si no han aprovechado el mes de octubre, y digo octubre porque desde principios de ese mes han de haber recibido mis notas bien explicativas de lo que de por acá tenían que esperar. Estoy en una situación espantosa.

Adiós. Suyo sinceramente, *Juan Antonio de la Fuente*.

París, noviembre 25 de 1861.

Sr. Don Matías Romero.

Washington.

Mi muy estimado amigo y compañero:

Estoy esperando con mucha ansiedad el juicio de usted so-

bre las notas que por su apreciable conducto he remitido al gobierno con fecha 25 de octubre y en diversas fechas de noviembre.

Ya no puede abrigarse ninguna duda sobre el tratado de la triple alianza contra México. Las fuerzas han marchado: son cosa de 9 a 10 mil hombres de desembarco. El general Prim, que debe mandarlos en tierra, ha salido ya de España. Se quiere una monarquía extranjera en México, eso es todo. Pero, amigo mío, he hablado ya tanto de estas cosas en mis despachos oficiales que usted ha visto, y los hechos en que me fundo son tan públicos, que me parece había de fastidiar a usted si de nuevo le hablara de ello.

Vivo entregado a la más espantosa desesperación, porque ignoro si mis compatriotas tendrán la energía del patriotismo y el juicio que es menester para afrontar la situación terrible que en breve aparecerá en nuestro infortunado país. En él están los elementos de su salvación, lo veo con claridad, y lo he dicho al gobierno mil ocasiones, pero mucho me temo que lo olviden los hombres que hacen al gobierno una oposición desafortada. ¿Quiere usted creer que uno de ellos ha tenido el valor de escribirme con la mayor frialdad del mundo que, pues las cosas habían llegado a un extremo desesperado, nada se arriesgaban con una mudanza de presidente? Lo cual quiere decir que, pues hemos dado tantos escándalos, nada importa que demos éste, que sería enorme y de una trascendencia funesta para la paz, para el nombre y seguridad de la nación.

Yo estoy aguardando instrucciones precisas por este paquete. Si no estuviera tan cercano, ya hubiera tomado por mi cuenta alguna resolución. Aunque los diarios habían publicado ya, como usted lo sabe, las estipulaciones de la liga, y aunque nadie dudaba de que se había dado a conocer con exactitud este arreglo, todavía, mientras no hubiese de él una relación oficial, yo podía aparentar que no le daba entero crédito. Mas he aquí que el *Monitor* de hace dos días hace la misma publicación en forma de decreto. ¿Qué debo hacer cuando sé que se lleva la guerra a mi país, y que no se me quiere oír? Con todo eso, hallo buenas razones para esperar y esperaré.

Doy a usted mil gracias por la lisonjera calificación que ha hecho de mi último plan para zanjar las dificultades que han venido a complicar terriblemente nuestra situación. Sobre todo me complace la adhesión de usted, porque se me figura que esta conformidad de los dos agentes que la República mantiene en el exterior debe pesar un poco en los consejos nacionales.

Usted no puede imaginarse lo que siento el abandono en que lo han dejado a usted en asunto de dinero, y tengo que acusarme de que hasta este momento he visto que yo podía auxiliar a usted. Ahora no le mando una letra porque es muy tarde para conseguirla, en razón de que deben estar cerrados los burós del comercio; pero mando a usted cuarenta libras esterlinas en cuatro billetes del banco de Inglaterra, para que usted pueda cambiarlos y proveer a lo más urgente de sus necesidades. No sé por qué razón había estado yo creyendo que le gobierno mandaría a usted recursos un día u otro, y con esto me había tranquilizado. Ésta era mi culpa, ruego a usted me la perdone y acepte este pequeño préstamo que pagará usted como y cuando pueda a su afectísimo amigo y compañero que de verdad le estima, *Juan Antonio de la Fuente*.

París, diciembre 3 de 1861.

Sr. Don Matías Romero.

Washington.

Mi muy estimado amigo y compañero, tengo una viva ansiedad por saber la política que ha adoptado nuestro gobierno. Usted la comprenderá, pues sabe tanto como yo la importancia de esa resolución.

Me refiero a lo que de oficio he dicho a usted por mi correspondencia de atrás y por la presente sobre nuestros desbarajustados negocios. Ya nada me resta hacer por aquí: el desenlace debe ser preparado en México exclusivamente. Sin embargo, me he resuelto a esperar aquí hasta fines de este mes porque aguardo instrucciones precisas sobre mi conducta posterior. No, amigo mío, no podría yo, aunque quisiera, explicar a usted el estado febricitante de mi pobre espíritu.

Lo que más siento es que por el retardo extraordinario con que llegaron al gobierno mis despachos de principios de septiembre haya sido causa de que se perdiera en negociaciones inútiles el tiempo que pudo emplearse en dar a Francia e Inglaterra satisfacción cumplida y en prepararnos para la eventualidad de la guerra con España, que ya anteveía yo y era muy fácil antever.

Acaso habrá usted ya recibido mi carta del 26 en que tuve el gusto de hablarle de un pequeño préstamo. Suyo con toda verdad, *Juan Antonio de la Fuente*.

París, diciembre 13 de 1861.

Sr. Don Matías Romero.

Washington.

Mi muy estimado amigo y colega:

Cuando llegue a manos de usted esta carta, ya se habrá resuelto en Washington la gran cuestión de paz o guerra con la Gran Bretaña.

Lo que es nuestro gobierno, yo, lo mismo que usted, no puedo comprender su ciega confianza en una solución pacífica. Desde el 31 de agosto, 24 horas después de recibida en esta Legación la malhadada ley sobre suspensión de pagos, dije oficialmente al ministro de Relaciones en México que para mí era una cosa casi enteramente cierta y segura que esa ley nos atraería una tempestad de Francia y de Inglaterra, que estallarían una andanada de insultos y de acriminaciones contra México y que detrás vendrían mil desastres con la guerra. No podía yo hablar con más seguridad, porque no había recibido aún la respuesta de Mr. Thouvenel. Ya antes, cuando avisé al gobierno mi recepción en audiencia imperial, usted recordará que consideraba como una condición de nuestras buenas relaciones con Francia la fiel observancia de nuestros pactos internacionales. El 31 de agosto aconsejaba yo al gobierno que evitara al país un conflicto terrible, haciéndose derogar la ley antes referida y restableciendo las cosas al estado que antes de expedirla guardaban. ¿Por qué fatalidad no fui yo creído? Probablemente hubiéramos deshecho la tormenta: Inglaterra

no hubiera pensado en la liga; la Francia no hubiera podido concertar su alianza con España, y ésta no nos hubiera podido hacer mucho mal, aunque a ello se hubiera atrevido, que lo dudo. Usted recuerda cuánto tardaron las tres potencias en ponerse de acuerdo. El pacto no tuvo lugar hasta el día último de octubre y no se firmó hasta mediados de noviembre. Pero es inútil detenerse en considerar lo que no tuvo realidad.

¿De qué nos ha servido tratar con Inglaterra? De que digan sus diarios que no se apartaran los aliados por eso, si bien añaden que Inglaterra ha mejorado, pues no habrá que recurrir a la guerra para que reconozcamos su deuda y que sólo les queda la tarea de tomarse por la fuerza las garantías materiales suficientes para la responsabilidad que hemos reconocido en su favor.

Contesto a usted oficialmente sobre la idea de trabajar por que los Estados Unidos tomen parte en la expedición.

¿Sabe usted que el Brasil va a mandar dos fragatas para tomar parte en la expedición?

Adiós. Soy de usted con la mayor sinceridad su amigo afmo., *Juan Antonio de la Fuente*.

París, diciembre 27 de 1861.

Sr. Don Matías Romero.

Washington.

Mi muy estimado compañero y amigo:

Hoy contesto de oficio a varias comunicaciones de usted que he recibido casi a un mismo tiempo. Tengo que referir a usted confidencialmente la expresión de mi agradecimiento por el favor de su interesante correspondencia. No sólo miro en ella bien retratado el espíritu del gobierno americano respecto de nosotros, sino indicadas con acierto las miras que convendría dar por base a la política mexicana respecto de esos Estados.

Yo, a mi vez, debería enviar a usted copias de las notas que mando por este paquete; pero, amigo mío, he dicho tanto en las notas que usted conoce, y en otras que dentro de breves

días he de comunicarle, que francamente hablando no hago ahora más que repetirme en la sustancia de las cosas.

Me temo que nuestra correspondencia de este mes sea atrapada o detenida cuando menos por las fuerzas españolas que deben estar ya en las aguas de Veracruz, a ser cierta, como lo creo, la noticia que había sido comunicada de La Habana como recibida del "Clayde", cuyos pasajeros declararon que habían dejado a 36 horas de aquel puerto a la escuadra española mandada por el general Serrano.

Usted y yo sabemos muy bien que esa festinación de España, sin tomar en cuenta el tratado de Londres, que ligaba su acción contra México a la de Francia e Inglaterra, esa festinación, vuelvo a decir, es lo menos malo que en el estado actual de las cosas nos podía suceder. Pero sabemos asimismo que no podremos aprovechar estas ventajas sino por medio de una conducta sabia y enérgica; y el ignorar yo todavía cuál es la resolución tomada por nuestro gobierno en este gravísimo conflicto, que no he cesado de anunciarle desde mi llegada a Europa, es una cosa que me tiene sumergido en la más profunda y violenta ansiedad. Estos tres o cuatro días que tardará el paquete inglés en llegar me van a parecer tres siglos.

Ya he dicho a usted mi opinión sobre la política de los Estados Unidos con nosotros. Por lo demás, usted había previsto muy bien que el caso de Trent debería muy probablemente modificar mucho las relaciones entre esa nación y la Gran Bretaña. Yo tengo para mí que el gobierno de Washington no ha de ceder en este negocio, sin embargo del apoyo moral que las reclamaciones de Inglaterra han recibido del gobierno del Emperador, y aun a causa de este apoyo, por hablar como los franceses.

Si la guerra estalla, tenga por seguro que seguirá luego el reconocimiento de los Estados del Sur no sólo por Inglaterra, sino también por Francia. Esto, a mi ver, debería hacernos cambiar de política con los Estados Unidos; pero la cosa no corre prisa, y lo que más urge es contrariar la intervención europea en nuestra desventurada patria.

Quedo de usted, como siempre, su más adicto amigo y seguro servidor q.b.s.m., *Juan Antonio de la Fuente.*

París, enero 24 de 1861.

Sr. Lic. Matías Romero.

Washington.

Mi muy estimado amigo:

Estaba yo escribiendo una larguísima nota para enviarla a nuestro gobierno por conducto de usted, que estoy seguro me concedería ese favor como suele; pero ya no falta más que una hora para despachar mi correspondencia a la estafeta, y he visto que el tiempo no me bastaba para escribir lo que me proponía participar al gobierno y a usted. Por tanto, me he resuelto a escribir aceleradamente esta carta para suplicar a usted que aproveche el primer conducto que se le ofrezca y haga llegar a nuestro gobierno las noticias siguientes:

Se ha cambiado el plan primitivo de la coalición contra México. No será España, sino Francia, la que encabece y dirija la expedición en nuestra tierra. Inglaterra ha consentido en esa mudanza. España ha sido medio forzada a pasar por una humillación como ésta, pidiendo tan sólo que, para cohonestarla, mande Francia más fuerzas a México. De hecho, en estos momentos están aprestándose aquellas fuerzas, que saldrán de los puertos de Francia el día último de este mes. Antes se había dicho que partirían el ocho de febrero, mas los últimos diarios han anunciado que las graves noticias llegadas de La Habana han causado esta precipitación. Con los refuerzos que manda Francia ahora, completará seis mil hombres, que es el total de tropas que piensa mantener en México. Se tiene mucha confianza en una revolución interior. Si la expedición así reforzada no logra su objeto, y se queda en las tierras bajas, no se mandarían nuevas fuerzas por causa del clima y por otras razones. A mi ver, el motivo real por que España ha sido privada del mando de la expedición por tierra consiste en la terrible efervescencia que su llegada ha difundido por todo el país. En cuanto a la parte política, ya no se buscan rodeos: decididamente se quiere dar la corona de México al archiduque Maximiliano. El candidato de España ha quedado fuera de línea. Si seguimos portándonos con patriótica decisión, podemos salvarnos. La iniquidad contra nos-

otros es más patente que nunca. Excite usted a nuestro gobierno a una noble y resuelta resistencia.

Dentro de tres días, por el próximo vapor, escribiré a usted extensamente. Ahora tengo que ceñirme a repetirle a usted de prisa, pero siempre con toda verdad, su amigo y compañero, q.b.s.m., *Juan Antonio de la Fuente*.

París, enero 28 de 1862.

Sr. Don Matías Romero.

Washington.

Mi bueno y muy estimado amigo:

Yo suplico a usted, lea si puede esa nota colosal y los recortes impresos que van unidos a ella, para que se haga cargo de la situación en que están por este rumbo nuestras cosas y de mi posición personal. Cuando usted remita al gobierno ese paquete, suplico a usted le diga que el mentís publicado hoy en algunos diarios contra la noticia de la candidatura favorable al archiduque Maximiliano sólo tiene una explicación, y consiste en que este príncipe ha rehusado el honor que se le dispensaba.

Ignoro, amigo mío, si lo voluminoso de este paquete le permitirá a usted pedir a ese señor ministro de Relaciones la gracia de mandarlo en su correspondencia para el señor Corwin. En tal caso, usted podrá reservar para otra ocasión el todo o parte de los impresos. Verá usted por mi nota que Mr. Dayton se ha negado a enviar bajo el sello de su legación mi correspondencia. Hubiera yo podido ver al ministro del Perú, ya que ahora tiene su gobierno un representante en México, pero habiéndose publicado en París las ofertas que los peruanos acaban de hacernos, no sin excitar la reprobación de los diarios del retroceso, he temido que el sello de ese ministerio no fuera bastante para asegurar mi correspondencia. La que mandé por noviembre debe haber caído en manos de los españoles; lo siento, y no por mí. En resolución, amigo mío, no me ha quedado más conducto que el muy estimable de usted y los que usted mismo pueda procurarse. Dentro de tres o cuatro días volveré a escribir a usted.

No piense en los doscientos pesos. Probablemente me iré

a Nueva York, es decir a Washington; entonces tendré el gusto de abrazar a usted y tendrá usted tiempo sobrado para arreglar conmigo esa friolera.

Adiós, tal vez no está lejos el día en que nos veamos; entre tanto, soy como siempre de usted afmo. amigo q.b.s.m., *Juan Antonio de la Fuente*.

P.S. Me acaban de entregar su favorecida carta de fecha 18 del corriente. Apenas puedo decir acerca de ella, y de la nota oficial a que vino adjunta, unas cuantas palabras. Aquí se había publicado que el señor Juárez había sido investido de facultades extraordinarias por el Congreso. Si el señor Doblado ha entrado al poder, habrá sido como presidente de la Corte, y quizá el señor Juárez se habrá retirado con licencia.

Puede ser que el gobierno de Washington, mirando ya sin embozo el plan de una monarquía extranjera en México, se decida a prestarnos dinero.

París, febrero 4 de 1862.

Sr. Don Matías Romero.

Washington.

Vuelvo a molestar a usted suplicándole me haga el favor de remitir, por el conducto de que me ha hablado, esa correspondencia al supremo gobierno, después que usted la haya leído. Nada podría yo decir a usted que fuese bastante a describirle mi detestable situación en esta corte, cuando por una parte estoy viendo las intrigas que triunfan, las medidas hostiles, abiertamente hostiles que se toman para imponernos la monarquía extranjera, y por la otra me encuentro sin orden ni instrucción alguna del gobierno a quien largo tiempo hace que las estoy pidiendo con las más vivas instancias. Yo estaba resuelto a partir para los Estados Unidos, como lo escribí a usted; pero esa proclama del Presidente, cuya noticia debo a un diario de París, y la facultad de que hablan varias cartas que me han enseñado y que dicen haberse concedido al Presidente para celebrar tratados sin el concurso del cuerpo legislativo, me han hecho cambiar de resolución hasta no ver el éxito que logran las gestiones de nuestro gobierno para llegar a un avenimiento con los invasores. Con todo, si viene la no-

ticia de haberse roto la guerra (que para mí empezó desde la toma de Veracruz), me será imposible continuar en París. Cuente usted con que le avisaré de ello oportunamente.

No quiero decir a usted nada sobre la alteración sustancial que ha sufrido mi plan enviado al gobierno; y no quiero hablar a usted de esto, por no darme ni la ocasión de pensar que se haya cerrado el camino, lo que sería una cosa horrible. Me ceñiré a decir a usted que no creo posible el arreglo convencional con los aliados y sobre todo con Francia, que es ahora la cabeza, si no es bajo la impensable condición de la intervención y consiguiente monarquía extranjera.

Adiós, mi amigo, escribame usted seguido. *Juan Antonio de la Fuente.*

París, febrero 11 de 1862.

Sr. Don Matías Romero.

Washington.

Mi muy querido compañero y amigo:

Hasta hoy he tenido el gusto de recibir su favorecida carta de fecha 20 del pasado, y las notas oficiales que con la misma nota me dirige. Por mis comunicaciones oficiales de estos días y cartas que he enviado a usted, se habrá impuesto muy profundamente del estado que guardan aquí nuestros negocios y del empeoramiento de mi situación oficial.

En lo que usted me dice, veo la confirmación de sus conceptos anteriores, sobre lo poco o nada que podemos esperar de los Estados Unidos. ¡Gran Dios! ¡No consentir que se atribuya a un agente de ese gobierno la noticia que vino de La Habana sobre diferencias entre los jefes de los aliados! Añada usted a todo esto la negativa de que he dado a usted noticia, y verá que nada puede añadirse a esta estudiada indiferencia.

Los deseos de usted son los míos, yo también quisiera estar en la guerra. Muchas veces he dicho a nuestro gobierno que las tres legaciones con que me ha honrado no pueden dar provecho a la República, y ahora más que nunca me alegraría que me llamaran para servir a mi patria con más fruto. De veras que me sentiría ennoblecido peleando al lado de nuestros dignísimos soldados, que por su espíritu republicano y

por su noble corazón valen mil veces más que los que van mandados por la reacción europea a darnos un monarca.

Adiós, amigo mío, ya he dicho a usted que por la proclama del Presidente he debido cambiar de resolución hasta ver lo que para mí es seguro, esto es, que no han de tratar con nosotros los aliados, cosa que yo había anunciado mucho tiempo antes al gobierno. También espero saber que en Tampico se han roto las hostilidades, en cuyo caso debo marcharme sin demora. Deme usted cuantas noticias sepa, y esté seguro de que le participaré cualquiera resolución que tome. Suyo afmo.,
Juan Antonio de la Fuente.

París, febrero 28 de 1862.

Sr. Matías Romero.

Washington.

Mi muy estimado compañero y querido amigo:

¿Quiere usted creer que hasta hace dos días recibí el paquete que el ministerio me mandó a fines de diciembre? Usted me lo trasmitió con oportunidad, pero yo no sé por qué los correos vapores que salen de los Estados Unidos han dado en hacer la travesía gastando un mes poco más o menos; tal vez el mal está en el servicio de las estafetas, mas no por eso podemos escapar de su acción.

Al fin, pues, he tenido lo que tan ardientemente deseaba, quiero decir, las instrucciones precisas para dejar esta Legación y la de España e Inglaterra que me habían encomendado *ad-interim*. Usted sabe por qué no había tomado bajo mi responsabilidad esta resolución, por más que me pareciera indispensable por el honor y la dignidad de la nación. Pero mientras el gobierno conservaba un destello de esperanza de arreglar convencionalmente nuestras diferencias con las naciones de Europa, aunque yo le hubiese dicho que no conservaba sobre esto ningún género de ilusión, no me tocaba contrariar abiertamente su política con mi brusca retirada. Estoy concluyendo de traducir el primer borrador de mi nota de despedida y todavía tengo varias correcciones que hacerle, por esta razón no puedo mandarle a usted un tanto de ella; pero lo haré sin falta en el próximo correo. Está un poco enérgica, y no extra-

ñaría yo que se me mandasen los pasaportes que en ella pido con alguna indicación sobre mi salida precipitada. Previendo esta eventualidad, estoy arreglando a gran prisa todas mis cosas para dejar a París inmediatamente que lleguen a mis manos los pasaportes.

El Ministerio me ordena ir a Bruselas para entender en el cange del tratado que hemos concluido con aquel gobierno. No tengo otro motivo de detención en Europa, y una vez evacuado este negocio, partiré para los Estados Unidos y tendré la muy viva satisfacción de dar a usted un abrazo. Hablaremos juntos de nuestra hermosa y excelente patria, tan infeliz y tan calumniada como noble y generosa, y cuyo aliento y brío en la tempestad que le han enviado estas viejas monarquías las ha llenado de asombro. Vencedores o vencidos, salvaremos el honor y venderemos demasiado cara cualquier ventaja de los aliados.

Adiós, mi buen amigo; yo estoy un poco malo, pero no de gravedad. Quedo como siempre, y con la mayor sinceridad, su amigo afmo., *Juan Antonio de la Fuente*.

Londres, abril 4 de 1862.

Sr. Don Matías Romero.

Washington.

Mi muy estimado compañero y amigo:

No obstante el estado de mi salud, hubiera yo partido para Nueva York el día 3 del corriente, sin la circunstancia, que ciertamente no había yo previsto, de que la primera embarcación del mes de abril para Nueva York no podía salir antes del 9 del corriente. En ese día, pues, tomaré el vapor "Teutonia" que sale de Southampton en aquella dirección, y dentro de poco tiempo tendré el gusto de darle a usted un abrazo.

Siento mucho que mis predicciones, siempre duras y desagradables para nuestro país, cuando se refieren al espíritu de estas cortes europeas, se cumplan siempre indefectiblemente. Me causa una pena profunda el mandar a deshora, en medio de la confianza fácil de nuestros compatriotas, mis fríos y severos anuncios de nuevos riesgos. Puede ser que con los preliminares de Orizaba no haya querido el gobierno creerme, cuando

le decía yo con tanta insistencia que no sería posible tratar con Francia si no es bajo la base inadmisibile de la intervención política en nuestros negocios. Por el último paquete dije también al gobierno, fundándome en las observaciones que creo exactas sobre el carácter y tendencias de Napoleón III, que éste debía estar muy irritado con la noticia de los preliminares antes referidos. Pues bien, amigo mío, dos o tres días después he recibido en Londres el adjunto artículo del *Moniteur* en que se revelan esos odios y esos designios de destrucción contra nosotros. España, a su vez, ha reprobado los arreglos concertados por el general Prim y le ha ordenado que se abstenga de concluir tratado alguno hasta que tome posesión de la ciudad de México. No debe parecer extraño al gobierno este comportamiento de España si recuerda lo que le he dicho sobre la superioridad, tiempo hace absoluta, del gabinete de la Tullerías sobre el de la reina Isabel. Los diarios ingleses comienzan a decir que Francia y España están en pláticas preliminares de un nuevo tratado con México. Lo que es Inglaterra, ella misma se había puesto a un lado, como usted sabrá.

Por lo demás, México no debe desmayar, principalmente después de haber visto que los grandes y decantados refuerzos que de Francia se esperaban estaban reducidos a menos de 3,000 hombres. Recientemente se ha hecho una grande algarabía sobre otros refuerzos más, pero la verdad ha sido que estas nuevas tropas no cuentan más que 700 hombres que todavía no se embarcan y que deben ponerse a las órdenes del general Donái.

Según todas las apariencias, debo estar en Nueva York el 22 del corriente y debo tomar el vapor "Karnac", que sale de aquel puerto el 25 del actual para La Habana, con el fin de aprovechar la salida de un buque francés de la nueva línea que sale de allí el 5 de mayo para México. Por lo mismo, debiendo ser tan corta mi permanencia en los Estados Unidos, e ignorando si mi enfermedad me permitiría cumplir mi deseo de ir a Washington, como sentiría mucho no ver a usted ni hablarle, me atrevo a suplicarle que si sus circunstancias se lo permiten, venga a usted a Nueva York en la fecha indicada

(22 del corriente). Me apresuro mucho a concluir mi viaje hasta México porque las últimas órdenes del gobierno, que he recibido en Londres, me previenen que vuelva inmediatamente a la República. Sin esta novedad, yo prolongaría con gusto mi estadía en Washington al lado de usted, con quien me repito afmo. amigo, que le desea mil felicidades y b.s.m.,
*Juan Antonio de la Fuente.*⁸

NOTAS

- 1 Ralph ROEDER, *Júrez y su México*, vol. I, p. 481.
- 2 Juan Antonio DE LA FUENTE, *Notas del Archivo histórico diplomático mexicano*, núm. 10, p. 8.
- 3 Ralph ROEDER, *op. cit.*, p. 448.
- 4 Jorge L. TAMAYO, *Epistolario de Benito Juárez*, p. 142.
- 5 DE LA FUENTE, *op. cit.*, p. 20.
- 6 *Ibid.*, p. 46.
- 7 *Ibid.*, pp. 96-101.
- 8 Archivo histórico de Matías Romero.